

## **Imágenes de la resistencia global: nadie sabe lo que un cuerpo puede**

**Texto: Marcelo Expósito**

**Fotos: Oriana Eliçabe**

**<http://www.orianomada.net/>**

*Publicado en la revista ojodepez, número 1, Madrid, 2003.*

En verdad, nadie sabe lo que un cuerpo puede.

Todo el mundo ha visto, desde hace unos años, en prensa, en televisión, en los semanarios ilustrados a todo color, esas imágenes de grupos de jóvenes ataviados con disfraces coloridos, un tanto apayasados con sus risas y sus pelucas; jóvenes inocentes, cargados quizá de razones pero también de quimeras; cuerpos bailongos, simpáticos e inofensivos, brincando frente a la policía como en una gran fiesta, recorriendo atontadamente el mundo en pos de la próxima cumbre política. Todo el mundo ha visto ya también al *otro* abyecto: enmascarados anónimos, en negro, cuerpos opacos que destruyen y arrasan sin propósito. Mucha gente ha visto, en los reportajes militantes, un continuo de imágenes aterradoras de violencia policial ejercida sobre cuerpos rotos, desarticulados. Algunas estamos ya cansadas de ver esos otros documentos bienintencionados donde la gente gesticula y habla y habla en asambleas interminables, donde rostros deformados retratados en encuadres imposibles teorizan y postulan programando el enésimo futuro deseable.

Hemos visto ya demasiadas de esas imágenes ante cuya visión uno afirma, con perplejidad y algo de desánimo: ahí yo no he estado, y no me reconozco. Ninguna se aproxima a representar de lo que es capaz un cuerpo.

\*

Una amiga ve las fotos de Oriana, que le muestro en el ordenador, y susurra: qué guapa sale la gente.

Una madrugada, Oriana, entre sueños, capturó esta imagen en el Estadio Carlini, en Génova, durante las protestas contra la cumbre del G8: la luz del sol se filtra a través de la lona de una gran tienda de

campana para bañar un mar de cuerpos dormidos entrelazados cuyos perfiles se confunden. Horas más tarde, la potencia latente de esa hermandad de cuerpos en reposo, estalla: brazos sosteniendo protecciones que sentencian la liberación de la ciudad, tomada por las fuerzas policiales y militares; cuerpos desdibujados en nubes de gas lacrimógeno que huyen o se aventuran a recoger y devolver los botes; cuerpos blandos, sensuales, hermosos, desafiantes, carnavalescos, que bailan al ritmo de una música imparables en mitad de las cargas de castigo de los cuerpos antidisturbios mecanizados.

El movimiento de movimientos alcanzó en Seattle un momento de eclosión que visibiliza un nuevo ciclo de luchas sociales para todo el planeta. Sus herramientas de trabajo político, sus nuevas gramáticas, sus formas de representación, han pulverizado el viejo imaginario de la izquierda: donde algunos desearían volver a ver una unidad mítica, otros muchos trabajan por la proliferación; por un movimiento proteico donde los sujetos políticos son moldeables, fluidos, contingentes, abiertos, plurales y diversos en un sentido fuerte: en sus aspectos, incluso, contradictorios e irreductibles. En Seattle (1999), las fuerzas de control se vieron desbordadas por la multiplicidad y variedad de focos de acción e intervención en toda la ciudad. En Praga (2000), una manifestación unitaria masiva, a partir de un punto, se ramificó en tres corrientes de diversos colores (amarillo, azul, rosa; negro, en recorrido propio) que señalizaban diferentes estrategias de confrontación y desobediencia, que acabaron rodeando, en un abrazo antagonista, el centro de congresos que albergaba el encuentro del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, paralizándolo. En Génova (2001), la convergencia de una diversidad de individuos, grupos y movimientos en el Carlini supuso la experiencia constituyente de un sujeto político complejo.

En Génova, también, los más poderosos de la Tierra financiaron sin pestañear una guerra civil a pequeña escala que ha quedado ya incrustada, como una esquirola, en el imaginario de una generación. La estrategia posterior de terror/tensión/control (registros y escuchas masivas, amenazas en privado, violencia más o menos matizada, control e identificación sistemáticos), a cargo de los Estados, que ha atravesado en el último año las movilizaciones en Bruselas, Barcelona, Nueva York, Zaragoza o Sevilla, se dirige también a nuestros cuerpos: busca inducirnos el miedo crónico a una amenaza constante y a veces imprecisa; hacernos interiorizar la culpa y asumir la semiclandestinidad hasta en las actividades más públicas e inocentes; quiere que el cuerpo se atenace, se inmovilice, se autocontrole. Busca anular nuestra potencia.

El anhelo del actual movimiento de movimientos, en lo que tiene de verdadero, no es conquistar un poder político futuro, sino identificar y dispersar todas las formas de poder aquí y ahora, allá donde se concentren y se haga necesario: en una cumbre política, y también en otros centros de toma de decisiones, inclusive los nuestros; en la vida cotidiana, en tu casa, en tu grupo de afinidad, en tus sentimientos, en tu sexualidad, en tu propio cuerpo. Los nuevos movimientos, cuando son de verdad nuevos, no buscan tanto ocupar el poder como de liberar la potencia.

Cuando uno ha estado ahí, cuando ha formado parte de las nuevas imágenes, sabe que son insostenibles las viejas representaciones de bloques unitarios en manifestación masiva más o menos uniforme encabezada por pancartas que reproducen sentencias gastadas y retóricas. Cuando uno ha estado ahí, sabe que el amasijo de sensaciones y sentimientos de gozo, furia, rabia, sensualidad, felicidad, miedo, temor, deseo, solidaridad, apoyo mutuo, esperanza y libertad, es irreductible a imágenes unidimensionales o simplificadoras. Sabe que un remedo de bandera anarquista clásica, reconvertida a los colores negro y rosa, es un símbolo político sencillo y justo que transmuta lo viejo en lo nuevo. Que la frivolidad táctica vestida de rosa o plata es mucho más que una frase afortunada o una imagen llamativa, a la hora de descomponer, mediante lo imprevisto, la estrategia de tensión policial durante una confrontación en la calle. Los nuevos símbolos provocan identificaciones fuertes: todos los movimientos sociales de transformación han construido a lo largo de la historia sus propias formas de representación y sus propios procesos de identificación; y es necesario trabajar duro para que las nuevas figuraciones no se vean reducidas a imágenes estridentes, grotescas o simpáticas, ni a meros adornos de la vieja política. La construcción de esas nuevas representaciones y de esas imágenes, y el sostenimiento de su significado político justo, es una parte irrenunciable, hoy más que nunca, de la propia lucha. Se trata, literalmente, de una cuestión de *imaginación* política.

\*

Las imágenes de cuerpos desobedientes en acción, cuando son justas, constituyen la expresión de sujetos deseantes; acaso momentánea, puntualmente libres: pero que, en su contingencia, representan la expectativa de un presente al que hay que arrancar el máximo tiempo posible de verdad, de libertad y de autonomía.

Si las imágenes de Oriana son justas, exactas, es porque muestran que hay brazos que se alzan contra todo futuro programado. Porque mantienen la distancia y el respeto necesario frente al cuerpo de un joven asesinado por la policía (ningún cuerpo masacrado debería ser objeto de recreación

visual, aun con las mejores intenciones; ninguna imagen debería abstraer, aislar, el cuerpo de un hombre muerto para convertirlo en un símbolo genérico). Porque iluminan aquello que ensombrecen las imágenes espectaculares: la trama en red de sujetos que se constituyen, dispersan y vuelven a moldear (así el trabajo duro y persistente, la efervescencia de los centros de comunicación y convergencia). Los pequeños gestos, las tímidas acciones (los roces, las sonrisas, las muecas de dolor, rabia, miedo e impotencia). Porque señalan la potencia y no el poder; muestran la dispersión y la articulación; enfatizan la proliferación y la diversidad.

No hay nada más hermoso que los rostros de la gente en libertad. Retratarlos con exactitud es parte de nuestro trabajo político.

(Porque aún nos queda mucho por experimentar, y porque ninguna de nosotras sabe todavía, con plenitud, lo que un cuerpo puede.)

\*